



“Los partícipes o involucrados en el asesinato de Madero”  
p. 213-244

Mario Ramírez Rancaño

*La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Instituto de Investigaciones Sociales/Miguel Ángel Porrúa

2002

472 p.

Cuadros

(Las Ciencias Sociales, Segunda década)

ISBN 970-701-213-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion\\_mexicana.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/396/reaccion_mexicana.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## CAPÍTULO XI

### *Los partícipes o involucrados en el asesinato de Madero*

UNA REVISIÓN detallada de la literatura y de los testimonios de las personas vinculadas al golpe de estado contra Madero y de alguna forma a su asesinato, reflejan tres cosas en común. Un afán por desvincularse de Victoriano Huerta, ignorar quién o quiénes fueron los asesinos intelectuales de los asesinatos de Madero y Pino Suárez, y reiterar que nada tuvieron que ver en ello. Pero sucede que más de uno formó parte del grupo original que promovió el golpe de estado contra Madero, y también tenían razones para asesinarlo.<sup>422</sup> Sus nombres: Cecilio Ocón y Manuel Mondragón. No se menciona al general Gregorio Ruiz ya que fue asesinado durante el asalto al Palacio Nacional. A sus nombres se debe agregar Félix Díaz y Bernardo Reyes. Tan no estaban de acuerdo con Madero, que se levantaron en armas y aceptaron sumarse al movimiento golpista montado en La Habana. De no haber muerto durante el asalto al Palacio Nacional, Bernardo Reyes hubiera sido investido como presidente de la república. A continuación, para limpiarse el camino de enemigos, habría deportado a Madero, o bien lo habría mandado a asesinar. Como murió en forma inesperada, quedó Félix Díaz en calidad de máximo caudillo o adalid. Su biógrafo oficial se esmera en presentar a Félix Díaz

<sup>422</sup>Luis Liceaga menciona a Miguel Ohtón de Mendizábal como uno de los conspiradores originales del golpe de estado contra Madero. Véase su libro, *Félix Díaz*, pp. 139 y 145. Su nombre se siguió mencionando en los momentos culminantes de la Decena Trágica. Consultar el libro de Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 51. Justo por ello, salió del país rumbo al destierro, como lo confirma Jesús Silva Herzog, quien lo conoció y fue su amigo. Véase “Miguel Othón de Mendizabal”, en *op. cit.*, p. 110.



como una blanca paloma, y en afirmar que la noche del asesinato estuvo recluido en sus habitaciones, enfermo, y completamente ignorante de lo que se tramaba. La verdad es que estuvo involucrado y tenía suficientes razones para asesinarlo o mandarlo asesinar. La primera de ellas, Madero había echado a su tío de la silla presidencial, y la segunda, durante su levantamiento en armas, había sido derrotado y recluido en la penitenciaría. Pero las cosas no terminan ahí. En vísperas del asesinato de Madero, otros familiares de Porfirio Díaz y de su esposa, Carmen Romero Rubio, aparecieron como arrendatarios o contratantes de los automóviles utilizados para reclutar y transportar a los asesinos materiales de Madero. Sus nombres: Ignacio de la Torre y Mier, el yerno de Porfirio Díaz, y la familia Fernández Castellot, emparentados con Carmelita Rubio, a más de Alberto Murphy, cuñado de Cecilio Ocón.

Manuel Mondragón, uno de los más interesados en derribar a Madero de la silla presidencial, no ha sido mencionado como posible asesino intelectual. Se le presenta como una persona que jamás aspiró a la presidencia de la república. Al mismo nivel de sospechas aparece Rodolfo Reyes, hijo del general Bernardo Reyes. Tan estuvo involucrado en le Decena Trágica que redactó el Pacto de la Embajada, y en ese preciso momento, se hizo de la Secretaría de Justicia en el primer gabinete de Huerta. Razones para ser uno de los autores intelectuales del asesinato de Madero existen. La más importante, el asesinato de su padre durante el asalto al Palacio Nacional. Pero existe otro personaje que ha escapado a los ojos de los analistas. Se trata del civil Cecilio Ocón. Su rencor contra Madero fue tanto, que participó en el complot original montado en La Habana, y asimismo se le ha involucrado en el asesinato de Gustavo Madero, y en el supuesto asalto del convoy que transportaba a Madero y Pino Suárez cuando se dirigía a la penitenciaría, que desembocó en su asesinato.

Pero los que definitivamente han cargado con todas las culpas han sido Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet. Aunque también se debe considerar que al momento en que se consumaron los asesinatos, el “hombre fuerte” era Félix Díaz. Huerta era su



testaferro a quien le dejó encargada la presidencia de la república, para luego ocuparla por la vía electoral. Lo mismo puede decirse de Aureliano Blanquet. De los miembros del primer gabinete de Huerta, con excepción de Rodolfo Reyes, no hubo otro con marcado interés para asesinar a Madero. Alberto García Granados, quien a la postre fue señalado como uno de los culpables, e incluso fusilado por órdenes del general Pablo González, a nuestro juicio, nada tuvo que ver. Pero la lista se podría alargar con otras personas que odiaban a Madero y lo atacaban a mansalva en la prensa, en los corrillos y en las obras de teatro. Sobre lo que no hay objeción, es que Francisco Cárdenas y Rafael Pimienta fueron los asesinos materiales. Aunque a lo mejor, Madero y Pino Suárez fueron asesinados en Palacio Nacional, y lo del asalto en los alrededores de la penitenciaría, fue un *show* perfectamente orquestado.

FÉLIX DÍAZ

EN DICIEMBRE de 1911 el general Bernardo Reyes se levantó en armas contra el régimen Madero. Lo que llamó la atención fue que no lo siguiera el ejército federal en masa. Reyes había sido secretario de Guerra, tenía un prestigio militar indiscutible, sabía mandar, y todo indicaba que no había caudillo mejor que él. ¿Por qué el ejército federal no acompañó a su antiguo jefe? No se sabe. Diez meses después, concretamente en octubre de 1912, se levantó en armas en Veracruz el general Félix Díaz, sobrino del ex dictador. No obstante que sus panegiristas, entre ellos Luis Liceaga, le atribuyen gran capacidad político militar y vocación patriótica,<sup>423</sup> la revuelta se debió más a su oportunismo, que a razones ideológicas sólidas. El plan felicista vituperaba con vaguedades al régimen maderista, e invocaba el apoyo de las fuerzas armadas. Díaz esperaba ganar el apoyo del comodoro Manuel Azueta, comandante de las fuerzas navales en Veracruz, así como del general

<sup>423</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 64.



José M. Hernández, jefe de la prisión de San Juan de Ulúa, pero ni uno ni el otro lo secundaron. Al enterarse de su levantamiento, Madero envió una columna a Veracruz al mando del general Joaquín Beltrán. Durante una semana, los periódicos capitalinos anunciaron sin recato que Beltrán iba a desertar con sus 3,000 hombres armados, lo cual finalmente no se cumplió. El 25 de octubre atacó el puerto, al cual encontró escasamente defendido, y después de varias horas de combate liquidó a Félix Díaz y a su rebelión. Enseguida, lo capturó, le formó consejo marcial, y como lo hallaron culpable lo sentenciaron a la pena de muerte. Pero el golpista tuvo un ángel guardián. El presidente de la Suprema Corte, Francisco S. Carbajal, suspendió la sentencia y Félix Díaz fue llevado a la capital de la república y encarcelado.<sup>424</sup> Aquí también estaba recluido Bernardo Reyes.

La noticia sobre la captura de Félix Díaz se esparció por todo el mundo y llegó a París. A finales de 1912, Ernesto Pugibet estaba de viaje por Europa y le tocó presenciar el momento en que el representante de *The Associated Press*, en París, le transmitía a Porfirio Díaz la noticia de que su sobrino había fracasado en su intentona revolucionaria, y que estaba en calidad de prisionero. Cuando se le pidió que dijera algo sobre su sobrino, el anciano ex presidente respondió: “Quiero al vencido como si fuera mi hijo, pero como soy ajeno a su aventura revolucionaria, nada tengo que declarar.”<sup>425</sup> Ante ello, el periodista se inclinó respetuosamente y se despidió. Ya en la intimidad, Porfirio Díaz le confesó en forma conmovedora a su amigo y visitante, Ernesto Pugibet, que en todo momento se forjó la ilusión de que Félix triunfara. Pero como conocía los vaivenes de toda revolución y la no tan brillante capacidad de Félix, no se engañaba. Finalmente confesó que llevaba una semana de estar temiendo recibir la fatal noticia de su fusilamiento.<sup>426</sup>

<sup>424</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 63-73, 86-121 y 129 y Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 49-50.

<sup>425</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 348.

<sup>426</sup>*Ibidem*, p. 349.

Como se ha visto, a final de cuentas, Félix corrió con suerte y no fue fusilado. En febrero de 1913 apareció en su vida otra persona que lo alentó a resucitar su plan de derrocar a Madero. Se trata del general Manuel Mondragón, quien lo sacó de la cárcel para que participara en el asalto a Palacio Nacional. Participó en todos los enjuagues de la llamada Decena Trágica, y quedó manchado por la sangre del asesinato de Madero y Pino Suárez.<sup>427</sup> Participó y tuvo tantas o más razones que Huerta, Mondragón, Cecilio Ocón, y otros, para asesinarlos. A continuación, Félix tuvo un grave e infantil error. Durante la firma del Pacto de la Ciudadela, aceptó que Huerta ocupara la silla presidencial, mientras que él quedaba libre para iniciar su campaña. Cándidamente confió en que Huerta le serviría de comodín para luego ocupar el sitio que había pertenecido a la familia por más de tres décadas, y que consideraba merecía con creces.

Tanta era la algarabía en las filas felicistas, que en marzo de 1913, Alfonso Teja Zabre hizo un encendido elogio de la resistencia heroica de los felicistas en la Ciudadela durante la Decena Trágica.<sup>428</sup> Pero finalmente Huerta resultó mucha pieza y casi de inmediato le comió el mandado al sobrino de Porfirio Díaz. El gabinete designado por Félix Díaz para controlar y maniar a Huerta, de nada sirvió, y uno a uno, los secretarios fueron despedidos, enviados a su casa o al destierro. Su campaña presidencial se inició, hizo mucho ruido, pero a los pocos días declinó y quedó en ridículo.<sup>429</sup> Mientras esto sucedía, un viejo ex diputado juchiteco, Victoriano Fuentes, tuvo una visión realista de lo que estaba pasando, y en una ocasión le confesó a Nemesio García Naranjo, que era obvio que Huerta se había comido a Félix Díaz. Expresó que realmente “Félix no era gallo para lidiar” con un indio, como Huerta, “lleno de mañas”.<sup>430</sup> Su predicción se cumplió fielmente y en

<sup>427</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 152-171, 173-181, 183-212, 213-245, 249-265.

<sup>428</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 352.

<sup>429</sup>Al mismo tiempo, se desataban las ambiciones entre sus aliados en busca de la vicepresidencia, figurando cuando menos tres prospectos de grandes espolones: Manuel Mondragón, Rodolfo Reyes y Francisco León de la Barra. A final de cuentas, el agraciado resultó ser León de la Barra. Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, p. 53.

<sup>430</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VI, p. 26.

las semanas siguientes Félix fue enviado al exterior en una misión diplomática.<sup>431</sup> Cuando esto se hizo público, a nadie le quedó duda que la causa felicista estaba perdida.

Félix Díaz viajó al exterior, pero en el trayecto a Japón recibió órdenes y contraórdenes, sin llegar a su destino. Finalmente arribó a París, en donde se entrevistó con su tío, y naturalmente le narró sus desgracias. En eso estaba, cuando sus partidarios en México, presionaron a Huerta para que le permitiera regresar a Félix Díaz y participar en las elecciones presidenciales de octubre de 1913. De mala gana Huerta dio su anuencia, pero apenas llegó al puerto de Veracruz se desencadenó una feroz persecución para asesinarlo, al grado de que salió nuevamente del país con su séquito de aduladores que incluía a Cecilio Ocón, José Bonales Sandoval, y otros más, exiliándose en La Habana, en donde sufrió un atentado.<sup>432</sup> En febrero de 1914 dejó la isla y se instaló en Nueva Orleans.<sup>433</sup>

Instalado en Nueva Orleans, Félix Díaz acrecentó su odio feroz a Huerta quien le coartó sus aspiraciones de sentarse en la silla presidencial. Resulta difícil de saber si pasó por su mente la idea de formar un movimiento armado para entrar a México y derrocar a su ex aliado. Al parecer no existió. Lo que sí es indudable, fue que se enteró de los problemas de Huerta suscitados en abril de 1914 en el puerto de Tampico que desembocaron en la invasión americana al puerto de Veracruz. Asimismo tuvo noticias del fortalecimiento de la causa constitucionalista, de la renuncia de Huerta a la presidencia, y de su huida espectacular rumbo al exilio. Más tarde supo que otro presidente más había sido derribado y huido en forma no menos espectacular. Se trataba de Francisco S. Carbajal. En el segundo semestre de 1914, observó la llegada a Estados Unidos de oleadas de mexicanos de factura huertista y también felicista, quienes salían de México a causa de que Carranza, el nuevo hombre fuerte, se mostraba sumamente hostil hacia todos ellos.

<sup>431</sup> Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 302-307.

<sup>432</sup> *Ibidem*, pp. 313-323 y 325-331.

<sup>433</sup> *Ibidem*, p. 335.



Tanto los integrantes de un grupo como de otro dejaban el país, porque temían que si permanecían en México, Carranza los podía fusilar.

Para Félix Díaz, era claro que Carranza los culpaba a todos por igual de haber usurpado el poder político en México, de haber violentado la Constitución de 1857, de portar una ideología reaccionaria, y del asesinato de Madero. Para el Primer Jefe no había distingos ni sutilezas. Todos eran candidatos a ser enviados al paredón. A su llegada a Estados Unidos, Félix Díaz estuvo acompañado por un reducido número de partidarios, pero a mediados de 1914, su número aumentó. A estas alturas, estaba en condiciones de formar un amplio movimiento en Estados Unidos para intentar derrocar ya no a Huerta, sino a Carranza. En parte, su idea ganó fuerza cuando se enteró que Huerta estaba en España y que había sido visitado por los alemanes quienes le plantearon los mismos objetivos. También que Enrique C. Creel viajó a España para tratar con Huerta la recuperación del poder político en México. No tardó en enterarse que los alemanes y Creel habían tenido éxito, y que en abril de 1915 Huerta se desplazaba a Estados Unidos. Es indudable que se sintió lastimado ya que a él no lo visitaron ni Enrique C. Creel ni los alemanes. Como tardó en hacer del conocimiento público sus intenciones, parte de su gente se vinculó a la naciente Asamblea Pacificadora Mexicana, con sede en San Antonio, Texas, y otros más se inclinaron por Huerta.<sup>434</sup>

Durante los primeros meses de 1915, Félix Díaz sabía muy bien que no era la figura clave del destierro, y se conformó con permanecer distante e indiferente. Hasta donde se sabe, en ningún momento buscó a Huerta ni tampoco este último trató de atraerse-lo para fortalecer su causa. Había demasiado resentimiento entre ambos para que una alianza fructificara. Y posiblemente en caso de que alguno hubiera tomado la iniciativa, los resultados habrían sido negativos. Para el segundo semestre de 1915, Félix Díaz se enteró de que había sido puesto en marcha el movimiento acau-

<sup>434</sup>Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 245.

dillado por Huerta. Pero cuando se enteró de su aprehensión en Newman, Nuevo México, consideró que había llegado el momento de entrar al relevo. Calculó que ahora tendría el apoyo no sólo de sus viejos partidarios, sino también de los huertistas, quienes estaban a punto de perder a su caudillo. Huerta estaba tras las rejas en Fort Bliss, con su salud deteriorada, convencido de que jamás saldría de la prisión para cumplir con su misión. Cuando Díaz se enteró de que Huerta estaba próximo a la muerte, aceleró sus planes para entrar a México.

Lo que llama la atención fue que Félix Díaz no reclutara su ejército en Estados Unidos, sino que decidiera partir a México acompañado de unas cuantas personas. Huerta esperaba formar su ejército con los desterrados desperdigados en varias ciudades del sur de Estados Unidos, más los mexicanos que lo esperaban al sur del Río Bravo. Félix Díaz razonaba en forma distinta. Su ejército lo formaría en México, en su trayecto hacia Oaxaca, con los miles y miles de partidarios que soñaban, ansiaban su llegada. Así, el 18 de febrero de 1916, Félix Díaz, disfrazado de lobo de mar, con la barba crecida y una pipa, acompañado por Luis Acosta y los capitanes Estuardo Cuesta, que simulaba ser el dueño de la goleta, y Antonio Eguía en calidad de marinero, dejó Nueva Orleans, y se dirigió a suelo mexicano para llevar a cabo la contrarrevolución.<sup>435</sup> Dejó los asuntos políticos en manos de Pedro del Villar, un abogado de confianza, Cecilio Ocón, Javier Larrea y Enrique Fernández Castellot, entre otros. El documento político básico que inspiraba su movimiento es la llamada Acta de Tierra Colorada, fechada el 23 de febrero de 1916.<sup>436</sup>

Hechos a la mar, al mediodía del 24 de febrero, llegaron a Barlovento, en la costa veracruzana, en donde unos emisarios oaxa-

<sup>435</sup>Sobre la campaña de Félix Díaz en suelo mexicano, la información más importante se encuentra tanto en el Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, como en el archivo que lleva su propio nombre y que se encuentra en el СЕМ-Comdumex. En el primero vale la pena consultar los expedientes L-E-835; la letra L-E-810; la letra L-E-843 y las mismas siglas L-E-798; la letra S. 16, caja 17, expediente 11, y la S. 17, caja 8, expediente 112. En el segundo caso, se trata prácticamente de todo el archivo. Como fuente secundaria básica, se tiene a Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 364.

<sup>436</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 396-404.

queños le explicaron que la columna ofrecida para recibirlo no pudo llegar debido al cerco impuesto por los carrancistas en la zona.<sup>437</sup> De paso, le indicaron que para evitar ser atrapado, era necesario cambiar los planes. Acordaron que Félix Díaz abordara nuevamente la goleta y se dirigiera más hacia el sur, mientras que ellos irían por tierra al mismo lugar, para luego reunirse y entrar en forma conjunta a Oaxaca, por el rumbo de Tehuantepec. Al poco tiempo, los carrancistas arribaron al lugar en que los oaxaqueños habían conferenciado con Félix Díaz, siguieron las huellas y estrecharon el cerco. Mientras tanto, la goleta empezó a hacer agua, y Félix Díaz dispuso no alejarse mucho de la playa para salvarse en caso de naufragio. Para su desgracia, cuando reparaban el desperfecto, se desató un ciclón que rompió el timón, dejando al garete la frágil embarcación.<sup>438</sup>

Al inicio del mes de marzo, *El Pueblo* publicó declaraciones del subsecretario de Guerra, general Ignacio L. Pesqueira, negando que Félix Díaz hubiera entrado al país. En tono petulante, expresó que Félix Díaz no había entrado ni entraría jamás a la república. Que la noticia era sólo un delirio de los reaccionarios que utilizaban toda clase de medios para conseguir sus criminales fines.<sup>439</sup> Pero lo cierto es que, después de naufragar y perder el armamento, Félix Díaz y sus acompañantes habían entrado a México. En un sitio llamado *Huerta de Caracol*, ubicado en las playas tamaulipecas, Félix Díaz se disfrazó de marinero y decidió que en lo sucesivo se llamaría Francisco Sánchez, recomendando a sus compañeros que manejaran la tesis de que eran contrabandistas, que a causa del mal tiempo, acababan de naufragar. Asimismo, los instruyó para que en caso de emergencia, dijeran que su campo de operaciones abarcaba las costas de Estados Unidos y Cuba. Muertos de hambre, caminaron dos días, alimentándose de raíces, hasta llegar al *Rancho del Salado*, cerca de Matamoras. Ya en el

<sup>437</sup> *Ibidem*, p. 365, *Revista Mexicana*, núm. 26, 5 de marzo de 1916 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 211-212.

<sup>438</sup> Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 366-367 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 212.

<sup>439</sup> *El Pueblo*, 2 de marzo de 1916.

rancho, se enteraron de que el cacique del pueblo era un ferviente carrancista, quien al considerarlos sospechosos, dio aviso a las autoridades. A las pocas horas llegaron varios celadores del resguardo de Matamoros, quienes los interrogaron, y tanto Díaz como sus compañeros repitieron como loros lo acordado. Enseguida, el jefe de una escolta militar declaró a Félix Díaz y a sus acompañantes, prisioneros de guerra. Se les condujo a Matamoros donde fueron sometidos a otro interrogatorio, sin que las autoridades sospecharan que tenían frente a ellos a uno de los derrocadores de Madero.<sup>440</sup>

Tras una semana de estancia en Matamoros, el general Ricaut ordenó que los prisioneros fueran llevados a Monterrey para consignarlos a las autoridades militares. En esta ciudad fueron internados en la penitenciaría. Al tener conocimiento de su captura, los generales Marciano González y Jacinto Treviño, penetraron una noche a la celda de Félix Díaz, enfocando su rostro con una linterna, sin lograr identificarlo. Pero Jacinto Treviño conocía muy bien a Félix Díaz, ya que había sido su condiscípulo en el Colegio Militar. El 26 de abril, el gobernador de Nuevo León, Pablo A. de la Garza, ordenó que los prisioneros fueran sometidos a consejo de guerra, el cual se llevó a cabo en el cuartel general del jefe de Operaciones Militares, Manuel García Vigil. Durante los interrogatorios, Félix Díaz sostuvo llamarse Francisco Sánchez, ser vecino de Nueva Orleans y vivir de la pesca, ser un neófito de la política, y no saber nada de las actividades de los exiliados mexicanos en Estados Unidos. Al inquirírsele si conocía a Félix Díaz, contestó que sí. Que en una ocasión, en la ciudad de México, vio pasar a un tipo muy garboso y que un amigo suyo le informó que se trataba del sobrino de don Porfirio. Al final del juicio, el agente del Ministerio Público pidió la pena de muerte, mientras que los integrantes del consejo, se inclinaron por su libertad absoluta, criterio que prevaleció.<sup>441</sup> Al ser puesto en libertad, Félix Díaz solicitó

<sup>440</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 368, 370-371 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 215.

<sup>441</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 374-375 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 232.

un salvoconducto a las autoridades, con el fin de moverse por el rumbo que deseara, lo cual le fue concedido.

Resulta sospechoso que no hubieran identificado a Félix Díaz. García Vigil, su propio paisano, lo vio, habló varias veces con él, y no lo reconoció. Lo mismo sucedió con los miembros del consejo de guerra y las autoridades militares de Tamaulipas y Nuevo León. Por su parentesco con Porfirio Díaz, su fallida revuelta en Veracruz en 1912, su participación en la Decena Trágica, su frustrada campaña presidencial, sus pugnas con Victoriano Huerta y su destierro, era un hombre público y de todos conocido. Su fisonomía personal era pública como la de Victoriano Huerta, Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, Alberto García Granados, Aureliano Urrutia, Federico Gamboa, entre otros muchos. Su foto había sido reproducida en los diarios y revistas de México. Frente a ello, uno se pregunta: ¿realmente ni las autoridades ni los periodistas fueron capaces de reconocerlo? El sistema de espionaje carrancista, que lo tuvo perfectamente vigilado en Cuba y en Estados Unidos, que registró día con día sus movimientos, de repente pudo olvidar su cara y su fisonomía. Todo esto resultaba muy raro.

¿Qué habría pasado si Huerta penetra al territorio nacional? ¿Las autoridades mexicanas tampoco lo habrían reconocido? ¿Qué es lo que habría pasado con Felipe Ángeles, Manuel Mondragón y Aureliano Blanquet? ¿Es que el sistema de espionaje carrancista montado en el exterior, era más eficiente que el existente en México? Tras su liberación en Nuevo León, y como en las películas de aventuras, Félix Díaz se dirigió a la ciudad de México con la idea de llegar hasta Oaxaca, donde supuestamente lo esperaban sus partidarios.<sup>442</sup> Como todos los años, el 5 de mayo se celebraba el aniversario de la Batalla de Puebla, cuando los mexicanos derrotaron a los franceses, y Félix Díaz junto con Luis Liceaga, presenciaron el desfile militar en una de las esquinas del Palacio Nacional, sin ser tampoco reconocido.<sup>443</sup> Siete días más tarde, por

<sup>442</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 364-375.

<sup>443</sup>*Ibidem*, p. 377 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 235.

la mañana, salió de la ciudad de México, junto con Mariano Martínez, hijo del ex gobernador de Puebla, Mucio P. Martínez, y el coronel carrancista Santiago Oropeza, en un coche tirado por dos mulas rumbo a la Villa de Guadalupe, San Juan Teotihuacán, la hacienda de Hueyapan, y luego la de Ometusco.<sup>444</sup> Mientras tanto, el gobierno se enteró de su permanencia en la capital de la república, y destacó a numerosos policías para que investigaran en dónde estaba. Como ya había huido, se detuvo a varias familias para interrogarlas. Al mismo tiempo el gobierno federal ordenó el arresto de quienes formaron el consejo de guerra en Monterrey, y dispuso trasladarlos a la metrópoli. La causa: su nula capacidad para identificar a uno de los derroedores de Madero.<sup>445</sup>

Como los detenidos en la ciudad de México no aportaron mayores informes, los fugitivos transitaron sin problemas por varias haciendas de Tlaxcala y Puebla. Al enterarse de que por estos lares operaba Juan Andrew Almazán, Félix Díaz lo contactó y juntos acordaron dirigirse a Oaxaca, confiados en que los esperaban con los brazos abiertos el gobernador soberanista José Inés Dávila y Guillermo Meixueiro. Al llegar en la primera semana de julio a suelo oaxaqueño, engrosaron sus filas con el ex federal Higinio Aguilar.<sup>446</sup> Pero Félix Díaz, seguía siendo víctima de una gran miopía política, al insistir que en cuestión de días, levantaría un ejército de 40,000 hombres para derrocar a Carranza.<sup>447</sup> Lo que sí cosechó fueron derrotas. Hubo lugares en donde sus paisanos le negaron alimentos y naturalmente apoyo para su causa. Después de tantos sinsabores, en la primera semana de agosto de 1916, Félix Díaz entró triunfal a Tlaxiaco y, por medio de bandos y manifiestos, fue reconocido como jefe supremo del movimiento.<sup>448</sup> Aquí se reunió con el gobernador “soberanista” José Inés Dávila y juntos planearon atacar la capital del estado. Llegado el día y la

<sup>444</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 379 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 238.

<sup>445</sup>*Loc. cit.*

<sup>446</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 381-382 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 259.

<sup>447</sup>“Informe de la campaña felicista”, México, 19 de abril de 1919, en el CEHM-Con-dumex, F. XXI, carpeta 142.

<sup>448</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 382-383 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 270.

hora llevaron a cabo el ataque por diversos frentes, pero los carrancistas los rechazaron sin problema alguno.<sup>449</sup> Para variar, a la hora decisiva, tanto Félix Díaz como Juan Andrew Almazán, huyeron.

Convencido de que jamás tomaría la ciudad de Oaxaca, Félix Díaz reconcentró a sus fuerzas en el rancho de Cuajimoloya y ahí les informó que había decidido internarse en el istmo de Tehuantepec. Los soberanistas no pusieron objeción y le dieron el adiós. A mediados de agosto, con sus fuerzas diezmadas, Díaz y Almazán transitaron por el istmo de Tehuantepec.<sup>450</sup> Mientras tanto, desde Estados Unidos, Cecilio Ocón le seguía enviando recursos y el abogado Pedro del Villar, cumplía con la labor administrativa. El general Luis Medina Barrón, quien dirigía el periódico *El Presente*, decidió convertirse en uno de sus brazos armados. Junto con Cecilio Ocón viajó a Cuba y luego a Guatemala, para reclutar partidarios dispuestos a tomar las armas en aras del felicismo. Precisamente, Luis Medina Barrón, gestionó ante el presidente de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, el permiso para usar su territorio como base para concentrar las fuerzas contrarrevolucionarias reclutadas en Estados Unidos y en La Habana.<sup>451</sup> Otros generales, exiliados en Estados Unidos y en el viejo mundo, como Aureliano Blanquet, Rubio Navarrete y Manuel Mondragón, se limitaron a observar el curso de los acontecimientos.

Acosados por todos lados, Félix Díaz y Juan Andrew Almazán se convencieron de que para escapar con vida, era necesario abandonar el istmo de Tehuantepec e internarse en la selva virgen limítrofe entre Oaxaca y Chiapas, con la intención de llegar a la frontera con Guatemala. Para los levantados en armas, la travesía significaba toparse con bosques, animales salvajes, alimañas, árboles silvestres y pastos abundantes. Los dos jefes y su columna, emprendieron la caminata, provistos de la alimentación necesaria, a la zaga de unos guías nativos. La primera jornada fue de

<sup>449</sup> *Loc. cit.*

<sup>450</sup> Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 385 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 273.

<sup>451</sup> Luis Liceaga, *op. cit.*, 1958, pp. 468-469 y Roberto Gayon a Guillermo Rosas Jr., Guatemala, 8 de mayo de 1916, en el CEHM-Conдумex, FCDXXII, carpeta 1, legajo 103.

cerca de 35 kilómetros que se cubrió sin novedad, en un camino cubierto por una vegetación exuberante; la segunda, de 25 a 30 kilómetros, notándose con gran desagrado que habían desertado la mitad de los guías. A la tercera jornada, sumamente dura por la maleza áspera y salientes rocas, el resto de los nativos habían desaparecido. La expedición resultó dramática ya que hubo necesidad de doblegar la maleza. Perdidos frente a caudalosos ríos, entre tupidas arboledas que les impedía ver el sol, soldados y caballos murieron por igual de cansancio. Para alivianar el trayecto fue preciso abandonar armamento y provisiones. En el trayecto falleció infartado, José Navarrete, hermano del obispo de Sonora, desterrado en Estados Unidos. Uno a uno fueron sacrificados los caballos para saciar el hambre y más tarde devoraron raíces y hierbas. La humedad y el paludismo hicieron estragos entre los expedicionarios. De los 3,000 hombres con los que Félix Díaz salió de Oaxaca, sólo le quedó un centenar.<sup>452</sup>

Finalmente, el 2 de noviembre, Félix Díaz apareció errando en Chiapas, derrotado y casi muerto de hambre.<sup>453</sup> La mayor parte de su columna había sido derrotada por la selva. Ya en Chiapas, Félix Díaz buscó el apoyo de los principales jefes rebeldes, quienes le indicaron que en su lucha contra Carranza se bastaban a sí mismos y que lo mejor era que siguiera su camino. Naturalmente que esto lastimaba su orgullo, pero se convenció en definitiva que tampoco era imprescindible para los chiapanecos. Félix Díaz descansó unos días para luego buscar nuevos horizontes en Veracruz. A estas alturas, era obvio que los miles y miles de adeptos que soñó encontrar a su paso para formar un ejército de 40,000 hombres, jamás aparecerían.

Otra gran desilusión, fue que muchos de sus partidarios reclutados en Estados Unidos y en La Habana, y transportados a Guatemala, tan pronto como recibieron armas y dinero, le jugaron sucio y desertaron. El colmo de las desgracias fue que Luis Medina

<sup>452</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 389-394 y Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, pp. 284-285

<sup>453</sup>Alfonso Taracena, *LVRM (1915-1917)*, p. 300.

Barrón hizo mal uso de los recursos que le pusieron en sus manos, práctica que imitó Juan Andrew Almazán.<sup>454</sup> De cualquier forma, resulta sorprendente que durante su travesía, que se extendió desde el noreste del país, el altiplano, hasta la frontera con Guatemala, escapara de las garras de Carranza.

A partir de 1917, Félix Díaz firmó innumerables manifiestos, recibió armas, recursos y refuerzos por el golfo de México y Guatemala, se contactó con diversos jefes anticarrancistas, nombró gobernadores en varios estados, los cuales resultaron una ficción, otorgó grados militares a granel entre quienes consideraba sus partidarios, dividió el país en zonas militares, designó a sus representantes en La Habana, España y en varias ciudades estadounidenses, y se sintió con los méritos suficientes para ser reconocido como fuerza beligerante por el gobierno de Estados Unidos.<sup>455</sup> De sus manifiestos, se enteraron los exiliados en Estados Unidos, La Habana y España. Pero nada trascendental sucedió y todo parece indicar que en los años siguientes, Carranza y él jugarían al gato y al ratón. Carranza se convenció de que el arrastre de Félix Díaz entre los mexicanos era un mito, y dejó que transitara por una vasta zona que comprendía parte de Veracruz, Oaxaca, Puebla y Chiapas. Dejó que se convirtiera en uno más de tantos caudillos o jefes anticarrancistas, que caracterizaron al México de tales años. Dejó que sobreviviera sin pena ni gloria como Inés Chávez García, Félix Ireta, Jesús Cíntora, Luis y Eulalio Gutiérrez, Francisco Coss, Saturnino Cedillo y sus hermanos y Manuel Peláez, entre otros.<sup>456</sup>

A pesar de ello, en mayo de 1918, un abogado llamado Belisario Becerra, se dio el lujo de afirmar en Estados Unidos, ante un auditorio compuesto por empresarios, que las fuerzas felicistas dominaban la mitad del territorio nacional. Que el sobrino de Porfirio Díaz controlaba los estados de Morelos, Guerrero, Tlaxcala, México, Puebla, Hidalgo, Guanajuato, Michoacán, Jalisco, San Luis

<sup>454</sup> *Revista Mexicana*, núm. 168, 24 de noviembre de 1918 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 396 y 407.

<sup>455</sup> *Revista Mexicana*, núm. 178, 2 de febrero de 1919 y el núm. 180 del 16 de febrero de 1919.

<sup>456</sup> Berta Ulloa, "La lucha armada (1911-1920)", en *op. cit.*, t. 2, pp. 1167-1168.

Potosí, Zacatecas, Durango, y las zonas más ricas de Veracruz, Oaxaca, Tabasco y Chiapas.<sup>457</sup> Como a su juicio el triunfo felicista estaba a la vuelta de la esquina, les manifestó que a cambio de una contribución de cinco mil dólares, podían recuperar sus propiedades en México.

### MANUEL MONDRAGÓN

COMO SE sabe, en febrero de 1913 Mondragón fue nombrado secretario de Guerra, cartera en la que duró cuatro meses ya que renunció en junio del mismo año. Su prestigio resultó maltrecho ya que fue acusado de exigir sobornos para adjudicar los contratos de compra de armamento militar. Asimismo, sus compañeros de gabinete le achacaron las continuas derrotas del ejército federal frente a las fuerzas constitucionalistas. Al decir de Antimaco Sax, su renuncia a la secretaría de Guerra se atribuyó a un artículo aparecido en *El País*, que describía la toma de Zacatecas por parte de los constitucionalistas. Al día siguiente, en pleno consejo de Ministros, el secretario de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, dio lectura al citado artículo que incriminaba a Mondragón en la derrota del ejército federal, siendo secundado en su postura por el secretario de Instrucción Pública, Jorge Vera Estañol. Huerta dejó que las críticas arreciaran y a Mondragón no le quedó más que renunciar.<sup>458</sup>

Ya fuera del gabinete, Huerta promovió el rumor de que Mondragón preparaba un complot para derrocarlo, lo que sirvió de pretexto para expulsarlo del país. Salió por ferrocarril rumbo a Veracruz, custodiado por una escolta de cincuenta hombres al mando del coronel Calderón de la Barca. Mientras esperaba el barco que lo llevaría al exilio, redactó una larga carta mordaz dirigida a

<sup>457</sup> Informe rendido al consulado de Nueva York, 13 de mayo de 1918, en el CEHM-Condumex, Carpeta 122, la *Revista Mexicana*, 112, 28 de octubre de 1917, y el núm. 166, 10 de noviembre de 1918.

<sup>458</sup> Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 51-52. El artículo lleva por título "En el consejo de ministros se criticaron las operaciones militares", *El País*, 11 de junio de 1913. Véase también a Rodolfo Reyes, *De mi vida*, t. II, Madrid, 1930, p. 66.

Félix Díaz en la que le recriminaba que permitiera su destierro sin mover un dedo. Resulta interesante que su cólera no estuviera dirigida contra Huerta, a quien consideraba que nada le debía, sino contra Díaz. Oficialmente Mondragón iba a Bélgica como representante de México ante el Congreso de Gante.<sup>459</sup> Mondragón se embarcó rumbo a Europa fijando su residencia primero en París y luego en Barcelona.<sup>460</sup> Más tarde se trasladó a Estados Unidos. A su lado iba su hermosa hija Carmen Mondragón y su yerno Manuel Rodríguez Lozano.

En el destierro, los intelectuales se ganaron el pan de cada día escribiendo artículos en los diarios y revistas. La cúpula de la Iglesia católica, tuvo el apoyo de sus hermanas en Estados Unidos y Cuba. No fue así para los militares, salvo que ejercieran ocupaciones no calificadas. Para Manuel Mondragón, la desesperación lo orilló a tratar de vender algunos de sus inventos técnico militares en Estados Unidos. Sucede que durante el porfiriato hizo algunas modificaciones a determinadas armas, e inventó el cierre de los cañones Saint Chaumont, que por tal razón llevaban su nombre.<sup>461</sup> Su invento lo vendió al gobierno mexicano en 1905. Se especulaba que al triunfo de Madero, el derecho de patente del mencionado cierre le fue devuelto a Mondragón. Atrapado por problemas económicos, trató de venderlo al gobierno cubano sin resultado alguno. En vista de su fracaso, en mayo de 1918 hizo gestiones para venderlo al gobierno estadounidense. El sistema de espionaje carrancista tanto en La Habana como en Estados Unidos reportó tal hecho al gobierno mexicano, quien se escandalizó ya que dudaba que Mondragón, siguiera detentando la propiedad sobre la patente del citado cierre del cañón.<sup>462</sup>

<sup>459</sup> Nemesio García Naranjo confiesa que en realidad él escribió la carta. Para defenderse argumenta que Mondragón jamás protestó, lo que le daba entender que estuvo de acuerdo con su contenido. Véase el tomo VI de sus *Memorias*, pp. 68, 71-74, Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 141-144 y Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 300-301.

<sup>460</sup> Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 51-52, Michael C. Meyer, *op. cit.*, pp. 113n y la 240 y Eduardo J. Correa, *op. cit.*, pp. 141-144.

<sup>461</sup> *Revista Mexicana*, núm. 76, 18 de febrero de 1917.

<sup>462</sup> *El Universal*, 27 de mayo de 1918.

Pero el odio que el gobierno carrancista le tenía a Manuel Mondragón, lo hizo extensivo a sus hijos. En marzo de 1919, dos hijos varones residentes en Estados Unidos, querían volver a México. La prensa empezó a especular sobre el papel que habían jugado tales jóvenes durante la Decena Trágica y la fantasía afloró. Entre otras cosas, señaló que habían ayudado a su padre en el golpe de estado contra Madero, que se mezclaron entre la chusma que celebró el triunfo de los sublevados, que encabezaron a la multitud para aclamar y lanzar vítores a Félix Díaz y a Victoriano Huerta. Luego agregó otra cosa que resultó peligrosa: que cuando la chusma se dirigió a la morada del presidente Madero, en la esquina de Berlín y Dinamarca, los jóvenes Mondragón rociaron con petróleo los muros de la casa y le prendieron fuego. La prensa remarcó que después de ello, la multitud celebró con palmas y júbilo la vocación piromaniaca de los Mondragón y la destrucción del hogar del apóstol de la democracia. *El Universal* decía que si bien esto no se había olvidado, tampoco era motivo para negarle a los Mondragón el derecho a regresar a su patria.<sup>463</sup>

En mayo de 1919, Manuel Mondragón era vigilado por el sistema de espionaje carrancista ya que sospechaban que pretendía internarse furtivamente a México por la zona de Texas.<sup>464</sup> Como otros generales, su nombre aparecía mezclado en infinidad de intrigas y de conspiraciones, pero no tuvo valor para cruzar la frontera y encabezar un movimiento armado en México. A diferencia de otros integrantes del extinto ejército federal, tampoco se sumó al Plan de Agua Prieta, que amnistió a muchos de ellos y jamás regresó a México.

RODOLFO REYES

EN UNA agria discusión verificada en la Cámara de Diputados, Querido Moheno le echó en cara a Rodolfo Reyes que hubiera asisti-

<sup>463</sup> *El Universal*, 5 de marzo de 1919.

<sup>464</sup> Bernardino Mena Brito al secretario de Relaciones Exteriores, Texas, 1o. y 5 de mayo de 1919, en el AHSRE, L-E839, legajo 9.

do a la embajada de Estados Unidos a negociar quién debía sentarse en la silla presidencial en lugar de Madero. Justo, porque asistió, y eran de todos conocidas sus dotes de abogado, escribió con su puño y letra el Pacto de la Ciudadela. Moheno remató diciéndole que como resultante de aquel pacto, pescó una cartera, la de Justicia en el primer gabinete de Huerta. Pero Moheno fue más sanguinario con Rodolfo Reyes y le preguntó ante el resto de los legisladores, que si en verdad era un hombre honesto y honrado, ¿en dónde estuvo cuando desaparecieron algunos hombres y representantes del pueblo como el diputado Pastelín?<sup>465</sup>

Efectivamente Rodolfo Reyes había sido uno de los más entusiastas partidarios del felicismo, y durante el asalto al Palacio Nacional en febrero de 1913, vio morir a su padre, el general Bernardo Reyes. Rodolfo redactó el Pacto de la Ciudadela y figuró como secretario de Justicia de Huerta, con quien rápidamente tuvo fuertes desacuerdos. Al dejar el gabinete en septiembre de 1913, Reyes recuperó su curul en la Cámara de Diputados y se sumó a la oposición. Tal como se ha adelantado, al ser disueltas las cámaras, fue internado en la penitenciaría, y se le puso en libertad, a condición de salir del país.<sup>466</sup> Por cierto que la orden del destierro fue firmada por Huerta durante una corrida de toros, a petición de uno de sus acompañantes, Ignacio Reyes, pariente de Rodolfo. La única condición era que no se exiliara en Estados Unidos y que, a su paso por La Habana, no se entrevistara con Félix Díaz. Vigilado por dos agentes de la policía secreta, se hizo acompañar de su hijo Bernardo de once años rumbo al destierro. Uno de los agentes se quedó en Veracruz y el otro lo acompañó hasta La Habana.<sup>467</sup> En marzo de 1914, el vapor La Navarre lo dejó en el puerto francés de Saint Nazaire. Su hermano, Alfonso, lo esperaba para ayudarlo a instalarse en París. Su gran preocupación era que su esposa y sus otros dos hijos lo alcanzaran, y que el destierro durara poco tiem-

<sup>465</sup>Nemesio García Naranjo, *Memorias*, t. VII, pp. 156-157.

<sup>466</sup>Antimaco Sax, *op. cit.*, pp. 46-47, Michael C. Meyer, *op. cit.*, 164 y 240 y Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 31-33.

<sup>467</sup>Rodolfo Reyes, *op. cit.*, pp. 251-254.

po. A final de cuentas, lo primero no fue problema y a los pocos días llegaron al puerto del Havre.<sup>468</sup> Lo segundo duró más de lo previsto. Como el verano estaba a la vuelta de la esquina se trasladó a *Villers sur Mer*, en donde tuvo oportunidad de saludar a Ives Limantour, un hombre refinado, con quien había tenido algunas diferencias políticas. Para Rodolfo Reyes, por su gran capacidad financiera, Limantour merecía una estatua en el Paseo de la Reforma, pero como político era un desastre, y lo culpó de haber desatado el torbellino revolucionario.<sup>469</sup>

En París visitó a Francisco León de la Barra, con quien cambió impresiones sobre Huerta. Se entrevistó en el Hotel Astoria con Porfirio Díaz al cual encontró muy agotado. Al verlo, el “caudillo” lo abrazó diciéndole “¡Pobre Bernardo!” Rodolfo le aseguró que su padre murió como él quería. “Una mañana, a caballo, y de un tiro en la cabeza, aunque sólo le faltó que hubiera sido frente a un enemigo extranjero”.<sup>470</sup> Por tales días estalló la primera guerra mundial, y su hermano Alfonso Reyes, decidió emigrar a España. En vista de ello, Rodolfo también marchó a España, en un tren militar, y sometido como toda la población al más estricto racionamiento.<sup>471</sup> Mientras tanto, en México, los revolucionarios le incautaban lo que llamaba escaso y honradísimo patrimonio.

Tras dos días de viaje, llegó con su familia a España y se hospedó en una pensión en San Sebastián. Rodolfo asegura que para el mes de agosto de 1914 se habían instalado aquí muchas familias mexicanas. Al iniciarse 1915, buscó la forma de ganarse la vida, y lo primero que obtuvo fue un contrato para dictar una conferencia en el Teatro Principal.<sup>472</sup> Durante el verano, participó en un concurso de tiro de pichón, en donde tuvo oportunidad de conversar con el rey Alfonso XIII. El rey le expresó que conoció a su padre y que incluso le obsequió un abrigo, el cual por cierto usa-

<sup>468</sup>Rodolfo Reyes, *De mi vida III. La Bi revolución española*, México, Jus, 1948, pp. 17-19.

<sup>469</sup>*Ibidem*, pp. 19 y 22n.

<sup>470</sup>*Ibidem*, pp. 20 y 21n.

<sup>471</sup>*Ibidem*, pp. 22-23.

<sup>472</sup>*Ibidem*, pp. 25-27.



ba el día que en que cayó muerto. A partir de entonces, hablaron en varias ocasiones, durante las cuales el rey mostraba una sorprendente germanofilia.<sup>473</sup>

Desde tiempo atrás, Francisco A. Chapa, farmacéutico y político local de San Antonio, Texas, lo había invitado para que se trasladara a Estados Unidos. Inicialmente no se radicó aquí por una prohibición expresa de Huerta. Como ahora este último había dejado de ser el hombre fuerte de México, decidió aceptar su invitación. Dejó a su esposa con tres hijos, y otro más esperando, y se embarcó a Nueva York. Llegó a San Antonio, Texas, donde Chapa le tenía arreglado un negocio en sociedad con unos abogados locales. Aquí trabajó unos cuantos meses.<sup>474</sup> Como le surgió un negocio en Europa, regresó en julio de 1915 al viejo continente. Salió de Estados Unidos vía Nueva York, ayudado por Miguel Cárdenas, ex gobernador de Coahuila. Llegó a San Sebastián, a los cinco días del nacimiento de su cuarto hijo. Rodolfo Reyes se puso feliz y a partir de entonces pregonó entre sus amigos, que ahora era el padre de un español, lo cual lo unía a la Madre Patria.<sup>475</sup> En San Sebastián vivían los ex ministros Adolfo de la Lama y Manuel Mondragón. Rodolfo define al primero, como una persona muy inteligente, de nobles sentimientos, y al segundo, como simpático, pero vencido por sus dolencias. En una plática, De la Lama reconocía los errores de su amigo Huerta, y maldecía su conducta hacia Félix Díaz.<sup>476</sup> Mondragón siempre porfirista, difícilmente aceptaba que México cambiara su estructura económica, política y social, aun en el caso de que se hubieran mantenido en el poder los mismos que encabezaron el golpe de estado contra Madero.

Pero en sus *Memorias*, Rodolfo Reyes finge no saber quiénes fueron los asesinos intelectuales de Madero y Pino Suárez, y asegura que no obstante su cercanía con Mondragón en el destierro,

<sup>473</sup> *Ibidem*, pp. 28-29.

<sup>474</sup> *Ibidem*, pp. 29-31.

<sup>475</sup> *Ibidem*, pp. 31-32.

<sup>476</sup> *Ibidem*, p. 33.



éste jamás se lo dijo. En otra parte de sus *Memorias*, deduce que durante la Decena Trágica, los civiles fueron víctimas de una “militarada” y deja entrever que Huerta fue el culpable. Textualmente expresa:

Huerta condujo y dirigió con un maquiavelismo sorprendente, ya que suprimió a los que eran obstáculo a su posible legalidad y creó uno insuperable para que el felicismo siguiera un camino sin tachas éticas, porque dio base a sospechas que pudieron en aquellas horas resultar tan lógicas como ante la historia, son hoy absolutamente vacuas.<sup>477</sup>

Su retórica barroca, difícil de descifrar, le sirve de cortina de humo para evadir su responsabilidad.

A comienzos de 1916 Rodolfo Reyes viajó nuevamente a Estados Unidos para cumplir encargos de una empresa mercantil. En Nueva York se entrevistó con Félix Díaz, lo cual provocó celos entre quienes ahora lo rodeaban ya que temían ser desplazados. Los partidarios de Félix empezaron a intrigar para apartarlo, y en vista de ello, al concluir sus trabajos, Rodolfo volvió a San Sebastián.<sup>478</sup> En octubre de 1916 trasladó su residencia a Madrid. Dos años más tarde, se topó con los hijos de Ángel Maiz, dueños de la antigua firma “Maiz Hermanos”, de su natal Monterrey, con los que tenía gran amistad. Por medio de sus contactos y relaciones, se estableció en Bilbao, justo cuando la primera guerra mundial generó un notable desarrollo industrial y financiero. Aquí se abocó al ejercicio de actividades industriales y comerciales.<sup>479</sup> Pero Rodolfo ya no habló más de los mexicanos que aquí vivían exiliados ni de la política mexicana, guardó estricto silencio. De cualquier forma, siguió fiel a Félix Díaz, escribiendo artículos que publicaba en los diarios de Europa y de Estados Unidos.

<sup>477</sup> *Ibidem*, p. 34.

<sup>478</sup> *Ibidem*, p. 35.

<sup>479</sup> *Ibidem*, pp. 45-47, Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*, vol. III, México, El Colegio de México, 1994, pp. 379-381 y la *Revista Mexicana*, núm. 29, 26 de marzo de 1916.

Pero en México, sus enemigos políticos no lo olvidarían y lo mezclarían en incursiones armadas ficticias. Con motivo de la entrada al país en 1919 de Aureliano Blanquet, presto a reforzar la campaña de Félix Díaz, la prensa empezó a especular que Rodolfo Reyes también estaba a punto de llegar a suelo patrio para unírsele. Se aseguraba que se había embarcado en Europa en el vapor español Alfonso XIII, y que en La Habana la policía evitó que bajara a tierra, para impedir que se comunicara con los ahí expatriados. Asimismo se dijo que continuó a bordo del vapor, y el capitán del puerto de Veracruz se aprestaba a capturarlo. A final de cuentas, la policía mexicana registró minuciosamente el Alfonso XIII, sin encontrar al famoso viajero. A causa de ello, todos se preguntaban: en dónde había desembarcado Rodolfo Reyes. Nadie pudo dar respuesta, aunque se aseguraba que cuando el vapor salió de La Habana, Rodolfo Reyes estaba a bordo.<sup>480</sup> Diez días más tarde, la prensa mexicana salió con que Rodolfo Reyes seguía en Europa y que tenía planeado trasladarse a México y sumarse a la campaña de Félix Díaz. Otras noticias indicaban que al enterarse del fracaso y muerte de Aureliano Blanquet, los planes de Rodolfo se vinieron por tierra.<sup>481</sup> Total que todo era confusión.

#### UN PEZ GRANDE: CECILIO OCÓN

COMO SE recordará, Cecilio Ocón fue uno de los conspiradores originales de octubre de 1912 en La Habana, junto con Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz. Durante la Decena Trágica, algunas de las reuniones de los conspiradores se llevaron a cabo en el hotel Majestic, que había rentado, ubicado al lado del zócalo capitalino y la actual calle de Madero.<sup>482</sup> No obstante su condición de civil, pudo moverse entre los militares golpistas sin problema alguno, y ejercer una influencia decisiva durante la Decena Trágica. Tanto la prensa como a *vox populi* lo señaló reiteradamente como

<sup>480</sup> *El Universal*, 19 de abril de 1919.

<sup>481</sup> *El Universal*, 30 de abril de 1919.

<sup>482</sup> El diario *Gil Blas*, del 12 de mayo de 1913, publica una semblanza apologética de Cecilio Ocón. Asimismo véase a Luis Liceaga, *op. cit.*, 1958, p. 136.

uno de los artífices no sólo del golpe de estado contra de Madero, sino del asesinato de Gustavo Madero. Luis Liceaga, el panegirista de Félix Díaz, exime tanto a éste como a Cecilio Ocón de toda participación en los asesinatos, lo cual resulta explicable.<sup>483</sup>

Pero el testimonio de Manuel Márquez Sterling, resulta bastante comprometedor para Cecilio Ocón. Expresa que durante la Decena Trágica, Gustavo Madero y el intendente Adolfo Bassó, fueron conducidos en automóvil del ministerio de Guerra, a la Ciudadela. A su llegada proliferaron las burlas e injurias. Asegura que un individuo llamado Cecilio Ocón, interrogó a los reos. Gustavo rechazó las imputaciones que le hacían e invocó su fuero de diputado. Pero después de condenarlo, junto con Adolfo Bassó, al cadalso, Ocón abofeteó brutalmente a Gustavo. “Así respetamos nosotros tu fuero,” le dijo. Intervino Félix Díaz y los presos fueron llevados a otro departamento de la Ciudadela. La soldadesca, envalentonada, los persiguió en forma frenética y rugiente, unos befando a Gustavo, y otros descargándole sus puños hasta exasperarlo. Gustavo intentó quitarse de encima a los que más lo humillaban, sin mayores resultados. Entonces, un desertor del batallón 29 de apellido Melgarejo, pinchó con su espada el único ojo hábil de Gustavo, produciéndole en el acto la ceguera. El infame espectáculo les resultó divertido. Gustavo con el rostro bañado en sangre, anduvo a tientas, tropezando en forma vacilante, mientras el feroz auditorio le acompañaba a carcajadas. Cecilio Ocón dispuso entonces el cuadro para fusilarlo. Gustavo, concentrando todas sus energías, se quitó de encima a Ocón. Éste, rabioso, logró sujetarlo por la solapa de la levita y se entabló un jaloneo. En determinado momento, más de veinte fusiles descargaron sus balas sobre el mártir agonizante, que en tierra, lanzaba el postrer suspiro. “No se trata del último suspiro”, exclamó Bassó. “Aún que-

<sup>483</sup>En cuanto al asesinato de Gustavo Madero, Liceaga asegura que este día Félix Díaz estuvo enfermo y Manuel Mondragón, dormido. Véase su libro citado, p. 212. Sobre el asesinato de Francisco I. Madero y Pino Suárez, expresa que Félix Díaz se enteró la noche del 22 de febrero, lo que le produjo una manifiesta indignación. Para limpiar su nombre, agrega que a partir de entonces, odió a Huerta. Tales aseveraciones aparecen en el mismo libro de Liceaga en las páginas 239 y 300.

dan muchos valientes a nuestras espaldas que sabrán castigar estas infamias.” Ocón se volvió al intendente con la mirada turbia y el andar inseguro, señalándolo con un dedo, y dijo a sus compinches: “Ahora, a ése”.<sup>484</sup>

Alfonso Taracena, aporta una versión similar. Asegura que Gustavo Madero fue conducido en un automóvil por el general Joaquín Maass y Luis Fuentes a la Ciudadela, y lo entregaron al general Manuel Mondragón. En seguida, entre empujones, injurias y golpes, una turba de energúmenos llevaron a Gustavo a las afueras de la fortaleza. Cecilio Ocón, el que días antes mendigaba a Gustavo y a Sánchez Azcona, le permitieran realizar algunos negocios turbios, le colocó su pistola en el pecho para amedrentarlo. A continuación, se redoblaron las blasfemias y los puntapiés sobre el indefenso prisionero, hasta llevarlo al lugar en donde está la estatua de Morelos. Sangrante y con las ropas desgarradas, experimentó el dolor supremo, cuando un salvaje le arrancó de un marrazo el único ojo sano. Gustavo se cubrió el rostro con las manos y emitió unos lamentos desgarradores. A pesar de su indefensión, aquellos demonios le gritaban que era un cobarde y un llorón, mientras le clavaban sus puñales y espadas en el abdomen. Adolescentes de la escuela de aspirantes le arrojaron tierra cuando lo vieron avanzar tambaleante y completamente ciego. Manuel Mondragón y Félix Díaz observaban complacientes el linchamiento de aquel hombre, ya desangrado, agotado y sucio de lodo y sangre. Un sujeto le hizo un disparo en el rostro y enseguida le dieron lo que se llama el tiro de gracia. El siniestro Cecilio Ocón se acercó con una linterna, le extrajo el ojo de vidrio, llenó la cuenca vacía con estiércol mezclado con el aceite de la lámpara, y le prendió fuego. Después de apoderarse de una cartera y un fistol de la corbata, desnudaron el cadáver, lo mutilaron, y lo dejaron tirado hasta el amanecer.<sup>485</sup>

El escritor Carlos Tello señala a Cecilio Ocón como el asesino de Gustavo Madero, razón por la que lo llama el “Chacal de

<sup>484</sup>Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, pp. 466-468.

<sup>485</sup>Alfonso Taracena, *Francisco I. Madero*, México, Porrúa, 1985, p. 157.

la Ciudadela”.<sup>486</sup> Un adjetivo lanzado no contra Victoriano Huerta, sino contra Ocón. Pero ésta es sólo una parte de la historia. La otra, es que también se le señala como uno de los hombres que participó en los preparativos del asesinato de Francisco I. Madero. Se sabe que en la tarde del 22 de febrero de 1913, Cecilio Ocón consiguió un automóvil sedán Protos, propiedad de Alberto Morphy. Ocón le ordenó al chofer dirigirse al Palacio Nacional, en donde estaba otro de marca Peerless. Ya en Palacio Nacional, Ocón habló con el mayor Francisco Cárdenas y con Aureliano Blanquet. Luego fue a la Secretaría de Guerra y a la residencia de Félix Díaz. De regreso a Palacio Nacional, Ocón subió a la oficina de Blanquet para indicarle que los planes estaban en marcha. Blanquet telefonó al coronel Luis Ballesteros, director de la Penitenciaría para indicarle que los reos estaban en camino.<sup>487</sup> Como se sabe, en el trayecto Francisco I. Madero y Pino Suárez fueron asesinados. Existen testimonios de que Ocón fue el encargado de simular el ataque, para luego atribuírselo a los “maderistas”. También se dice que no cumplió con el encargo ya que llegó tarde. De cualquier forma, Cecilio Ocón se empapó las manos de sangre.<sup>488</sup>

En abril de 1913, Huerta pospuso las elecciones presidenciales, causando la indignación de los felicistas. En represalia, éstos tramaron asesinarlo. El testimonio proviene de Luis Liceaga, un personaje fuertemente comprometido con ellos. Narra que en una junta celebrada en la academia metropolitana, en la que participaron los generales Manuel Mondragón y Guillermo Rubio Navarrete, el mayor Agustín del Río, y los civiles Fernando Pimentel y Fagoaga, Fernández Castellet y Cecilio Ocón, acordaron asesinar a Huerta por considerar que se trataba de un acto de prioridad nacional. Con este fin sortearon quién debía ejecutar tan patriótica

<sup>486</sup> Carlos Tello, *op. cit.*, p. 150.

<sup>487</sup> Pedro González Blanco, *De Porfirio Díaz a Carranza*, Madrid, Ateneo de Madrid, 1916, pp. 104-107, Michael C. Meyer, *Huerta*, pp. 79-81 y 83, Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, pp. 574-575 y Gonzalo N. Santos, *Memorias*, México, Grijalbo, 1986, pp. 707 y 828-831.

<sup>488</sup> Manuel Márquez Sterling, *op. cit.*, pp. 574-575, Pedro González Blanco, *op. cit.*, pp. 104-107 y Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 828-831.

tarea. Hecho el sorteo, resultó ser el general Mondragón el señalado para llevar a cabo el asesinato, pero pasaron los días y no lo realizó. Poco después, Rubio Navarrete se ofreció a ejecutar la tarea, pero fracasó. En vista de ello, volvieron a reunirse el general Mondragón, Cecilio Ocón y Félix Díaz, en la residencia de este último, y ahí Mondragón le dijo a Félix: “General, la actitud de Huerta es ya insoportable, y no hay más solución que matarlo”. Sin esperar a que terminara de hablar, Cecilio Ocón intervino y dijo: “Yo lo mato.” “Sólo esperamos el asentimiento de usted.”<sup>489</sup> Como Luis Liceaga se esmera en presentar a Félix Díaz como un ángel de la paz, asegura que se negó y no dio su consentimiento.

Consciente de su papel jugado en el golpe de estado contra Madero, y en el asesinato de su hermano Gustavo, a finales de 1913 Cecilio Ocón abandonó el país junto con Félix Díaz. Para su desgracia, los carrancistas lo incluyeron en la lista de los peces gordos a los cuales había que atrapar y enviar al paredón. A finales de 1914, Cecilio Ocón apareció en San Antonio, Texas, mezclándose con los mexicanos que aquí llegaban desterrados, predominantemente huertistas. No obstante que todos sabían de sus nexos con Félix Díaz, lo dejaron que rondara en torno a ellos. Todos sabían que no tenía talla de caudillo ni de dirigente, y que solía operar escudándose en otras personas. Para sorpresa de los exiliados, Ocón empezó a jactarse de estar montando un movimiento contrarrevolucionario, en el cual participaba Federico Gamboa.<sup>490</sup> Su movimiento naturalmente era ficticio. En los meses siguientes utilizó sus dotes de espía para informar a Félix Díaz de lo que tramaban los exiliados en San Antonio, Texas, y se acercó al grupo promotor de la Asamblea Pacificadora Mexicana, sin jugar un papel relevante.<sup>491</sup>

En forma gradual, su complicidad en los asesinatos de Madero, de su hermano Gustavo y de Pino Suárez, salieron a la luz pública. Para acallar a sus detractores, en enero de 1916 Ocón en

<sup>489</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, pp. 298-299.

<sup>490</sup>Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, p. 205.

<sup>491</sup>*Ibidem*, pp. 224-225.

vió una protesta por telégrafo al general Pablo González, la cual asegura también se reprodujo en el *New York Herald*,<sup>492</sup> negando tales acusaciones, pero no se atrevió a volver a la ciudad de México. A finales de febrero de 1916, Luis Cabrera viajó a Estados Unidos, llevando la documentación necesaria para tramitar ante el gobierno estadounidense la extradición de Félix Díaz, Aureliano Blanquet y de Cecilio Ocón.<sup>493</sup> El primero de ellos, había vuelto a suelo mexicano y nada logró con los dos últimos. Pero en 1917, Ocón tuvo un sobresalto. Ocurre que apareció en La Habana el libro del diplomático cubano Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero. Mi gestión diplomática en México*, que lo incriminaba fuertemente en los sucesos de la Decena Trágica. El diplomático lo señalaba como uno de los artífices del golpe de estado de 1913, de la muerte de Gustavo Madero y del intendente Adolfo Bassó. Al enterarse del contenido del libro y de las evidencias aportadas, Ocón se indignó y protestó por escrito. Le envió a Márquez Sterling una carta en la que lo etiquetaba de mentiroso y calumniador. Decía que en los días del libertinaje y de la anarquía en México, al calor de las pasiones políticas, algunos cobardes utilizaron su nombre y lo mezclaron en los asesinatos de Francisco y de Gustavo Madero, pero que ello era falso, ya que nada tuvo que ver.

Cecilio Ocón agregaba que aprovechándose de que era miembro del cuerpo diplomático cubano, Márquez Sterling le imputaba repugnantes calumnias, las que naturalmente no aceptaba. Para limpiar su nombre, lo desafiaba a que en el perentorio plazo de quince días, presentara las suficientes pruebas de sus afirmaciones, ya que de lo contrario, iría ante los tribunales para ejercitar sus derechos, reivindicar su honra y castigar a sus detractores. Para demostrar que estaba decidido a todo, publicó la referida carta en la *Revista Mexicana*, dijo haber enviado una copia a Márquez Sterling por correo a La Habana, y otra más por medio de un en-

<sup>492</sup>Citado en la *Revista Mexicana*, núm. 162, 13 de octubre de 1918.

<sup>493</sup>Luis Liceaga, *op. cit.*, p. 361.

viado especial.<sup>494</sup> Pero Cecilio Ocón no cumplió con sus amenazas de llevar a Márquez Sterling a los tribunales.

Cecilio Ocón se dedicó a los negocios, y en una ocasión viajó a la ciudad de México. *El Nacional*, dirigido por Raúl Noriega, publicó un retrato suyo calificándolo de honorable industrial.<sup>495</sup> Durante la segunda guerra mundial, hizo otro viaje a la ciudad de México para visitar a su amigo Maximino Ávila Camacho, que era el titular de la secretaría de Comunicaciones. Por azares del destino, Gonzalo N. Santos lo vio en la citada secretaría, describiéndolo como una persona de mediana estatura, muy blanco, de ojos azules muy saltones. Ocurre que Ocón era dueño de una patente para producir gasolina con alto octanaje. Por recomendación de unos amigos mexicanos y americanos, Ocón había ido a ofrecerle la patente a su amigo Maximino.<sup>496</sup>

#### IGNACIO DE LA TORRE Y MIER

A FINALES de 1915 fue aprehendido Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz, en su hacienda San Nicolás Peralta, por orden de las autoridades del Estado de México. A continuación, fue llevado al cuartel general del Ejército Libertador del Sur, acusado de varios delitos: despojo de terrenos en agravio de los campesinos en Morelos, sostenedor del régimen de Victoriano Huerta, y organizador de cuerpos paramilitares para combatir a los revolucionarios del sur. Presintiendo que su aprehensión lo podría

<sup>494</sup>Según los editores, la carta se extravió en la redacción de la *Revista Mexicana*, y se publicó en forma extemporánea en el núm. 162, del 13 de octubre de 1918. El cónsul mexicano en La Habana, Antonio Hernández Ferrer, mantuvo una estrecha vigilancia sobre los viajes que Cecilio Ocón hizo a la isla en julio de 1916, en busca de apoyo para la campaña de Félix Díaz en territorio mexicano. Véase los expedientes del AHSRE bajo la clasificación L-E-842 y 843. Para sus viajes a Canadá, véase el expediente L-E-727. A su vez, los exiliados atacaron rudamente a Márquez Sterling, aduciendo que se había hecho famoso a costa de su supuesta protección a Madero antes de su asesinato. Los ataques aparecen en la *Revista Mexicana*, núm. 63, 19 de noviembre de 1916.

<sup>495</sup>Alfonso Taracena, *Francisco I. Madero*, p. 173n.

<sup>496</sup>Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 829 y 831.

conducir al paredón, arguyó que desde hacia ocho años estaba alejado de la política, y que se dedicaba a cultivar su hacienda en el Estado de México, ya que la de Tenextepango, del estado de Morelos, la había abandonado. Negó haber sido amigo de Huerta al cual, afirmaba, sólo había visto una ocasión en su vida. De inmediato fue recluido en el penal de Lecumberri.<sup>497</sup> En ningún momento sus aprehensores mencionaron el préstamo del automóvil a Francisco Cárdenas, para transportar a los asesinos de Madero y Pino Suárez, objeto para el cual es difícil aceptar que no hubiera estado enterado.

Entre 1915 y 1916 sufrió toda una odisea. Ignacio de la Torre vivía en una celda cuyo único mueble era un camastro de huacales, en el Palacio de Cortés, en Cuernavaca. Prisionero de Zapata, recibió la noticia de las expropiaciones de sus tierras. Ello sucedió con San Carlos Borromeo, en Yautepec; Santiago Tenextepango, en Cuautla; y San Nicolás Peralta, en Lerma, entre otras. Los reparos fueron llevados a cabo por Manuel Palafox. En una ocasión, agobiado por sus dolencias, salió con sus custodios en una mula rumbo a la ciudad de Cuautla. A finales de 1917, cuando los carrancistas tomaron la ciudad, aprovechó la confusión de sus guardianes para huir en tumulto con el resto de los reos. Un amigo le prestó un caballo para dirigirse a Puebla, en donde se disfrazó, para expatriarse en Estados Unidos. Su esposa, Amada Díaz, se enteró de su fuga y odisea por medio de la correspondencia. No se volvieron a ver.<sup>498</sup> Al llegar a la ciudad de Nueva York, Ignacio de la Torre se internó en el sanatorio Stern. Sus males de hemorroides se habían agravado durante el cautiverio a que fue sometido por los zapatistas. En vista de la gravedad, los médicos optaron por operar de inmediato las venas del esfínter. La operación fue un fracaso e Ignacio de la Torre falleció la tarde del 2 de abril de 1918. La fecha no deja de ser simbólica pues se trataba del aniversario

<sup>497</sup> *The Mexican Herald*, 30 de abril de 1915, 2, 17 y 31 de mayo de 1915 y *El Radical*, 29 de abril de 1915.

<sup>498</sup> Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 214-215.



de la victoria de Porfirio Díaz en la ciudad de Puebla en 1867.<sup>499</sup> Dejó sola y sin hijos a Amada Díaz.

#### LA FAMILIA FERNÁNDEZ CASTELLOT

TODO INDICA que por sus vínculos con Carmelita, la familia Fernández Castellet sufrió la pena del destierro. No se pudo verificar si uno de ellos, Francisco, casado con Lolita Rubio, huyó. Pero su hermano, Enrique, sí huyó, y a la postre formó parte del clan felicista que operaba en Estados Unidos, lo mismo que Luis, de los mismos apellidos.<sup>500</sup>

En el exilio no volvió a conjuntarse el grupo original que participó en el derrocamiento y asesinato de Madero y Pino Suárez. Huerta y Félix Díaz quedaron muy resentidos, al grado de que jamás se buscaron. Cuando el primero murió, tanto Mondragón como Rodolfo Reyes y Cecilio Ocón se acercaron a Félix Díaz, sin jugarse el todo por el todo como durante los días de la Decena Trágica. El único que olvidó viejos resquemores y volvió a jugarla con las armas en la mano fue Aureliano Blanquet, como veremos más adelante.

<sup>499</sup> *Excélsior*, 3 de abril de 1918 y Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, p. 531.

<sup>500</sup> Carlos Tello Díaz, *op. cit.*, pp. 32, 43, 133, 136, 153 y 394, Federico Gamboa, *Mi diario*, t. vi, pp. 192 y 351 y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 239.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS